

LA CAÍDA DE CARRANZA

Tratando de encontrar la forma más imparcial de relatar las causas y circunstancias de la caída y muerte de Carranza, me he imaginado por un momento que allá, dentro de cincuenta años, alguien tuviera a la mano un pequeño epítome de historia de México para el uso de las escuelas, escrito en el año de 1970, y en el cual apenas se concederían unas cuantas líneas a los acontecimientos del año aquel de 1920. En dicho epítome se leería algo así como lo que sigue:

Al acercarse el fin de su periodo legal le faltó el apoyo del Ejército, que era todavía el mismo con que había hecho la Revolución de la igualdad, pero que, sin otra organización que la influencia de sus caudillos, no tenía ya ningún interés en apoyarlo. Obregón y González, candidatos militares a la presidencia, temerosos de que Carranza pretendiera dejar el gobierno a un candidato civil, haciéndolos a un lado, no esperaron hasta las elecciones, sino que, poniéndose de acuerdo entre ambos, se pronunciaron contra el presidente para deponerlo. Carranza salió de la ciudad de México con su gobierno para Veracruz, pero habiendo sido derrotado en el camino huyó rumbo al norte. En su fuga por la Sierra de Puebla, fue sorprendido por un cabecilla rebelde y asesinado.

He aquí la forma más imparcial y más concisa que he encontrado para relatar, y en que puedo imaginarme que se relate de aquí a cincuenta años, la caída de Carranza.

Creo que nadie podría objetarla. De ella voy a servirme como índice o programa para desarrollar el tema de este capítulo.

EL EJÉRCITO

Después de los acontecimientos que acaban de conmover a México, creo que ya nadie dudará de que el Ejército es el árbitro de nuestros destinos. En todas partes, pero sobre todo en los países latinoamericanos, el Ejército es y será —¡hasta cuándo!— el factor esencial en todo cambio de gobierno.

No basta que un gobierno cuente con un perfecto sistema de justicia, o que su Congreso esté formado de sabios, o que su prensa sea de gran circulación y de gran influencia en la opinión, o que sus finanzas estén prósperas, o que sus relaciones internacionales anden bien aceitadas; si un gobierno no cuenta con el Ejército, y éste decide imponer un nuevo orden de cosas, nada valen los demás engranajes del organismo social. El Poder Judicial se plega; el Legislativo legaliza; la prensa adula; los hombres de negocios se adaptan, y los diplomáticos se apresuran a reconocer el nuevo estado de cosas. Todos los factores sociales, en fin, buscan su conveniencia según la ley de la menor resistencia y se acomodan a las nuevas condiciones con relativa rapidez y facilidad.

Así pues, para entender las causas de la caída de Carranza, hay que estudiar ante todo la actitud del Ejército que apoyaba o debía apoyar a su gobierno.

Todos estamos de acuerdo en que Carranza no organizó el Ejército revolucionario para convertirlo en una institución regular que pudiera llamarse Ejército Nacional. Unos dicen: “no quiso moralizarlo”. Otros decimos: “no tuvo tiempo para organizarlo”, pues no se concibe la moralización del Ejército sin haberlo antes organizado sobre otras bases que no fueran el mero caudillaje.

No hay que explicar mucho ni buscar términos técnicos para entender lo que queremos decir: un Ejército que como única cohesión y disciplina tiene la adhesión personal de sus caudillos hacia el presidente; de los jefes hacia los caudillos; de los oficiales hacia los jefes, y de los soldados hacia los oficiales, no es una institución legal. Pues si la cohesión es grande y, sobre todo, si el jefe del Estado conserva un perfecto control personal, entonces el Ejército es una oligarquía militar. Si el jefe del Estado pierde el control, queda un caciquismo militar.

En el caso concreto no tenemos que discutir más que una sola cuestión: si Carranza conservaba el control sobre el Ejército o si alguna vez lo había tenido.

Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, nunca tuvo un verdadero control sobre ese Ejército. Era el jefe reconocido por los caudillos: Villa, Obregón, González, y había podido conservar su autoridad por una mera razón de equilibrio entre ellos, y por la fuerza moral y política que adquirió su personalidad durante la Revolución.

Cuando Villa creyó que podía imponérseles por sí solo a todos, Obregón y González se unieron bajo la jefatura de Carranza, y lo vencieron. Carranza siguió pues, como Primer Jefe, reconocido por Obregón y González, y como una resultante de la rivalidad de ambos.

En 1916, cuando se trató de volver al orden constitucional y elegir un presidente, fue el prestigio moral de Carranza, *su prestigio como gobernante civil*, lo que le valió ser electo presidente, como una transacción entre los otros dos jefes militares.

Al iniciar su gobierno constitucional Carranza procuró organizar su propio Ejército, alrededor del núcleo de los cuerpos de supremos poderes, y recogiendo los elementos que él creía que personalmente le tenían que ser adictos.

Pero su error consistió en medir la adhesión de los diversos elementos militares por la adhesión de los jefes divisionarios. Creyó enteramente suyas las fuerzas de Aguilar, de Cesáreo Castro, etcétera, porque estos jefes eran amigos personales de

Venustiano Carranza; y creyó contar con las fuerzas de Diéguez o de Murguía porque estos jefes, por principio y por disciplina estuvieron al lado del presidente de la República.

Pero en uno y otro caso se engañó, porque ignoraba hasta qué punto esos mismos jefes contaban o no con sus segundos y éstos con los de más abajo, y así sucesivamente.

Como siempre que se trata de un factor individual que es esencialmente variable, pero que se repite en miles de casos, lo único que prevalece es el interés personal, así es que puede decirse, sin temor de equivocarse que el Ejército, así en conjunto, ya no tenía interés personal en apoyar a Carranza. Y nótese que cuando digo que el Ejército no tenía interés en apoyar a Carranza, quiero referirme al interés político y no al interés pecuniario de los jefes.

En 1916 había habido un interés, y grande, en apoyarlo; y era el deseo de no llegar a un conflicto en momentos todavía inoportunos. En 1920, habiendo declarado Carranza terminantemente que se retiraría del poder y faltando tan poco tiempo para que concluyera su mandato, era natural que el Ejército o cada uno de los jefes del Ejército individualmente no tuvieran interés en apoyarlo. Era más cuerdo buscar su acomodo político con tiempo.

Si Carranza no hubiera sido un patriota y hubiera prestado oído a las insinuaciones de reelección, que no le faltaron, habría encontrado apoyo, y fuerte, en muchos militares.

Si se hubiera resuelto a apoyar francamente a un jefe militar, Obregón, González o cualquiera otro habría contado con el apoyo, al menos, del apoyado por él. Si hubiera buscado un tercer candidato militar, también habría encontrado muy fuerte apoyo de una parte del Ejército. Pero pretender conservar personalmente como Venustiano Carranza, o legalmente como presidente de la República por seis meses escasos el apoyo del Ejército, eso era un sueño. Y la prueba es que solamente le quedaron casi sin tropas, aquellos jefes con quienes lo ligaba gran afecto personal firmísimo o aquellos que tenían de sus deberes militares un alto y patriótico concepto.

Haciendo una lista de los jefes del Ejército en los últimos tiempos de Carranza puede entenderse bien la situación en que éste se encontró colocado en cuestión de apoyo militar. Menciono únicamente a los generales de división para mayor sencillez, listando a todos, pues para los efectos políticos lo mismo era que estuviesen en servicio activo o retirados, pues aunque no tuvieran de hecho mando de fuerzas, su influencia en el Ejército se conservaba por inercia. Al hacer esta revista quiero que se observe que no uso más datos que los que cualquiera podría haber tenido con sólo leer los documentos oficiales o las informaciones de la prensa, pues deseo especialmente que se me conceda que para nada hago uso de datos o informaciones que pudieran ser del conocimiento reservado del ex ministro de Hacienda como funcionario. Allá él sabrá cuando tenga que contestar a las inculpaciones que no dejarán de hacerse o que declarar ante las autoridades competentes sobre las causas de la muerte de Carranza, el uso que hace de los datos oficiales que él posea.

El primer grupo lo componen los generales Obregón, Hill, Calles y Alvarado.

Obregón

Sobre Obregón hay que decir en justicia que nunca pretendió aparecer como amigo y apoyo de Carranza. Él no se consideró nunca como hechura del Primer Jefe: su separación misma de la Secretaría de Guerra, al comenzar el periodo constitucional de Carranza, claramente indicaba su desacuerdo con él. Era pues un enemigo franco a quien había que contar como enemigo, y temible, pues conservaba su influencia en una porción del Ejército, en forma tal que no era un secreto para nadie. Si algún error cometió Carranza al pensarlo, no fue el de creerlo amigo, sino el de no apreciar debidamente los elementos con que contaba y sus ligas con jefes militares que habían militado bajo sus órdenes o simpatizaban con él.

Hill

Hay que hacerle también la justicia de reconocerle que siempre fue enemigo de Carranza, sólo que no se retiró del servicio activo desde que comenzó a estar en desacuerdo con la política del presidente, sino que esperó que se le quitara el mando de tropas, lo cual encontró más su actitud.

Calles

En un principio, el presidente lo creyó distanciado de Obregón por razones de política local sonorenses, pero siempre lo contó como su amigo. Cuando se definieron bien los campos políticos, se retiró del gabinete ya en pugna con Carranza.

Alvarado

Carranza nunca lo consideró capaz de tomar el lado del gobierno contra Obregón en caso de conflicto, a pesar de la rivalidad personal, más de palabra que de hecho, existente en Alvarado contra Obregón. Hubo un momento, al principio de la campaña presidencial en que Alvarado aparecía antiobregonista, pero nunca quiso que ni siquiera se le sospechara como carrancista.

He listado los anteriores jefes en un solo grupo, no porque sean obregonistas, sino como aquellos jefes que de todas maneras habrían estado contra Carranza, cualquiera que hubiera sido el camino que éste tomara. La actitud de ellos se definió claramente cuando supusieron que Carranza había decidido apoyar a González, y aun antes de que surgiera la candidatura de Bonillas, ya estaban bien perfilados como anticarrancistas.

Sigue el grupo gonzalista.

González (don Pablo)

A diferencia de lo que decimos de Obregón, González sí era hechura completa del señor Carranza. El agravio principal que

los obregonistas tuvieron siempre contra el Primer Jefe, fue el de haber formado, tolerado, consentido y sostenido a González contra la opinión pública, y haberle puesto en sus manos cuantos elementos pidió, y haberlo empujado materialmente en su carrera hasta hacerlo general de división. González se mostró como gran amigo y como sostén incondicional de Carranza hasta el momento de separarse del servicio militar. Pero cuando vio que no sería apoyado como candidato presidencial, comenzó a distanciarse de Carranza hasta dejar de ser su amigo. Contaba con lo mejor de los elementos materiales militares, como armas y parque, y conservaba un fuerte ascendiente sobre sus segundos. En los últimos momentos del gobierno de Carranza, antes que éste abandonara la capital, todavía pretendió que el presidente lo reinstalara en el mando de sus fuerzas “para poder salvarlo”.

Treviño

Hechura del Primer Jefe y amigo personal suyo, aunque muy pablista y antiobregonista furibundo hasta su viaje a Europa, de donde llegó muy cambiado. En los últimos tiempos de Carranza tuvo la franqueza de decirle a éste cuál era su opinión sobre la situación del país y de anunciarle que se separaba de su lado. No tenía mando de fuerzas, pero su prestigio en el Ejército hacía posible que con facilidad se ganara la jefatura de las tropas de González.

Cesáreo Castro

Hechura del Primer Jefe, muy amigo de don Venustiano, a quien hablaba de usted, cuando él le hablaba de tú. Permaneció leal al presidente hasta que se rindió, es decir, hasta que salido el gobierno de la capital tuvo que reconocer el estado de hecho para no verse en el caso de tener que salir de la Laguna, donde él y su familia tenían el principal asiento de sus negocios.

De propósito no menciono a Coss, divisionario que se hallaba ausente en Estados Unidos desde su aventura de Coahuila, pero que si hubiera estado en el país habría seguido a don Pablo.

El tercer grupo lo forman Diéguez, Murguía, Aguilar y otros que en su oportunidad mencionaremos.

Diéguez

Sin ser hechura del Primer Jefe, a cuyo lado vino ya con una reputación, Obregón lo consideraba como hechura suya, y en diversas ocasiones creyó contar con él incondicionalmente. Diéguez, sin embargo, mostró gran independencia de criterio, aun contra la opinión de su antiguo jefe (Obregón) como lo atestigua su conducta en 1914, a raíz de la Convención de Aguascalientes.

El presidente puso gran cantidad de elementos militares en sus manos y amplió considerablemente su esfera de acción, provocando celos en González y los suyos. De hecho casi todos los elementos que antes habían estado bajo las órdenes de Obregón pasaron a sus manos, lo cual explica por qué se vio solo y desertado por sus fuerzas en el último instante.

Él, en lo personal, es a mi juicio uno de los que tenían más claro el concepto de sus deberes como militar hacia Carranza como presidente. Su antigua amistad con los obregonistas apenas fue bastante para salvarlo y fue causa de que hubiera sido tratado con benevolencia.

Murguía

Militar por temperamento, con personalidad propia, más que amigo de Carranza era muy disciplinado y por ende leal al presidente, a cuyo lado permaneció hasta el último día por deber profesional.

Aguilar

Hechura del Primer Jefe como militar y como político. Era simpatizador personal de Obregón y lo sabían demasiado sus fuerzas y sus amigos. Él, en lo personal, siguió siempre a Carranza como presidente y como amigo. Su parentesco con Carranza fue siempre independiente de sus relaciones oficiales, y le habría permanecido leal aunque no hubiera sido su yerno. Quedó solo, y la defección de sus fuerzas fue un factor de error importantísimo, por la gran confianza que el presidente tenía en que le protegerían la retirada hacia Veracruz. Puede decirse que la defección de Guadalupe Sánchez fue decisiva y constituyó la última gota que derramó el vaso, determinando la caída final de Carranza en Aljibes.

Jesús Agustín Castro

No lo incluimos en este grupo, porque prácticamente se había retirado del Ejército para atender a su campaña política en Durango, y porque además carezco de datos para juzgarlo.

No deben dejar de mencionarse otros factores aislados. Urquizo y Mariel, que aunque sin el grado de divisionarios, sin embargo, por estar al frente de la Secretaría de Guerra deben contarse. Ambos permanecieron al lado del presidente hasta el último instante, como partes integrantes de su gabinete. Urquizo representaba el intento tardío de Carranza de formarse un ejército propio —supremos poderes— y era un mero ejecutor de sus órdenes, sobre todo en los últimos tiempos en que Barragán no tuvo ya la amplitud de funciones que antes. Mariel con más empuje personal, pero más ingenuidad, si cabe, que Urquizo, tuvo que ver a su gente rendirse a últimas horas ante lo irremediable de la derrota. Personalmente entusiasta hasta el fin, sufrió el golpe moral de ver que uno de los que él creía más fieles fue el asesino del presidente.

De la Torre, que era uno de los mejores elementos de González (don Pablo), quien lo consideraba como traidor por no

haberlo secundado en su defección, y el cual permaneció leal protegiendo el convoy con su infantería, hasta que ésta se le deshizo en Aljibes.

Montes y Marciano González, juntos habían sido elementos de don Pablo, y ya sin fuerzas bajo sus órdenes, permanecieron leales y dieron pruebas a Carranza de un gran afecto personal.

Este análisis de los principales jefes del Ejército no queda completo si no se toma en cuenta a cada general de brigada y a cada brigadier con mando, pero esta labor está fuera de mis posibilidades, pues debo confesar que no podría yo ni siquiera acordarme a la memoria de quiénes son los principales generales de brigada ni mucho menos hacer el análisis de su conducta.

El Ejército se encontraba pues, dividido aparentemente en tres bandos: obregonistas, pablistas y carrancistas, pero de hecho en el último momento, cuando González sumó sus elementos a los de Obregón, quedó partido en obregonistas y legalistas.

La parte del Ejército que había permanecido leal al presidente era tan exigua que bien puede decirse que desde el levantamiento de Obregón, el Ejército entero había defecionado, ya insurreccionándose con Obregón, ya abandonando a Carranza y traicionándolo a las órdenes de González.

CARRANZA CIVILISTA

El segundo error de Carranza, si error puede llamarse el adoptar conscientemente un ideal y tomarlo por base de su conducta, fue el de haber sido civilista.

Me explicaré. Carranza era un civil por naturaleza, por educación y por sus procedimientos de gobierno.

El militarismo se caracteriza por el uso de la fuerza militar cada vez que hay que vencer un obstáculo legalmente insuperable, es decir, por el abuso de la fuerza frente al derecho.

Dígase lo que se quiera, Carranza jamás usó de la fuerza militar sino en apoyo de algún principio, de alguna ley o de un ideal justo. Ahora, las pasiones están enardecidas y no sería posible hacer justicia a Carranza porque hay muchos que desearían justificar su caída y aun su muerte, por eso no insisto en demostrar que Carranza era un civil, sin ninguno de los atributos del tirano militar. Por lo pronto, me limito a hacer observar que la fuerza militar propiamente dicha nunca estuvo en sus manos. Él gobernó, como antes he dicho, con la fuerza moral del respeto que imponía su personalidad cuando era Primer Jefe y con la majestad que le daba su alta investidura cuando fue presidente.

No es pues extraño que el hombre que había basado su autoridad en la sola respetabilidad de su cargo pensara que así debía ser en lo futuro. Pretender que un país se gobierne por el mero respeto a las leyes, haciendo el menor empleo de la fuerza, y eso solamente en apoyo de la ley: he ahí la esencia del civilismo.

Carranza era civilista. Desde 1910, desde 1913, en 1915, en 1917, Carranza había sido civilista. Quiso serlo en 1920 también. Carranza pensaba que el Ejército debía ser una institución subordinada a la autoridad del presidente de la República y ajena a las contiendas políticas; es decir, que el Ejército no debía tomar parte en las luchas políticas del país, sino limitarse a esperar la decisión de las urnas electorales y servir a quien resultara electo sin echar su espada en la balanza del sufragio.

Naturalmente esto podría ser un bello ideal. Pero históricamente y prácticamente en México nunca ha sido así.

Carranza, que por circunstancias especiales había podido imponer su autoridad civil desde 1913 hasta 1919, creyó —he ahí su más grande error— que estaba ya conquistado el principio del predominio de la autoridad civil sobre la militar, y confundiendo su ideal con los hechos procedió a tomarlo como base de su conducta.

Carranza era civilista desde mucho antes que apareciera la candidatura del señor Bonillas. Nunca hizo un secreto de sus opiniones a este respecto y las expresaba franca y públicamente.

Nunca pensó en reelegirse ni en que su sucesor gobernara con él ni con los hombres de él. Pero él había sido un gobernante civil y se había trazado un vastísimo programa de reconstrucción de México, y era por lo tanto humano y natural que deseara que el que lo sucediese continuara su obra y gobernara también civilmente, apoyado tan sólo en la majestad de su cargo.

¿Qué de malo habría tenido esto? ¿No vemos todos los días, en todos los países del mundo que un partido pretenda continuar en el poder? Wilson, no puede, por la fuerza tremenda del ejemplo de Jorge Washington, pretender un tercer periodo como presidente de Estados Unidos; pero todo el mundo, aun los más rabiosos republicanos encuentran muy natural que pretenda la continuación del Partido Demócrata en el poder y aun ponga toda la fuerza de su personalidad en favor de la elección de un candidato de ese mismo partido. Porque una cosa es la reelección y otra es la continuación de los mismos principios de gobierno.

Carranza era civilista, no era Bonillista ni tuvo influencia la personalidad del señor Bonillas en su caída. Cayó porque era civilista, no porque fuera bonillista. Lo mismo habría caído con cualquiera otro candidato que no representara al Ejército.

Éste le habría perdonado la imposición de un militar por descarada que hubiese sido —aun la de González mismo—, pero no podía cruzarse de brazos al ver que se le hacía a un lado y se prescindía de él en la decisión suprema de la sucesión presidencial. Pues entonces, ¿para qué peleamos?, como diría Coss.

Y así fue: el Ejército, absolutamente todo, protestó contra semejante idea. Los militares no podían resignarse a ser los servidores del gobierno, no habían aprendido a serlo. Si precisamente habían peleado para quitarle el gobierno a Huerta, y para no dejar que se lo llevara Villa. Y ahora resultaba Carranza “traicionándolos” con esas teorías de que el Ejército no debe ser más que un servidor de un presidente civil. Pues entonces, ¿para qué peleamos?

Nada tiene pues de extraño que el Ejército le retirara su confianza y su apoyo a su antiguo jefe.

Pero sin el Ejército, el presidente no era nadie. Le quedaba su investidura, pero ésta, sin la fuerza para hacerla respetar, no tenía imperio: no estamos aún acostumbrados a obedecer voluntariamente las leyes; todavía necesitamos que nos obliguen a obedecerlas *manu militari*. ¿Que tenía el apoyo del Poder Judicial? ¿Y de qué le servía si el Poder Judicial mismo necesitaba del suyo? Desde luego no toda la Suprema Corte estaba a su lado. Una parte de ella y el resto de los tribunales federales nunca habían estado con él. Pero aun cuando la Suprema Corte y todos los tribunales federales lo hubieran apoyado, esto no lo habría sostenido en el poder, pues las resoluciones judiciales o los desideratos políticos de la Suprema Corte no se ejecutan sino por medio de la fuerza militar y policial del Ejecutivo y si éste no cuenta con el Ejército, mal podría contar la Suprema Corte con él para apoyar al Ejecutivo.

¿Y el Congreso? De él puede decirse exactamente lo mismo que de la Suprema Corte: no tiene imperio en sus resoluciones. Carranza nunca contó con la mayoría de la XXVIII Legislatura, y el periodo de sesiones de 1919 lo demostró claramente. Es cierto que al fin del año pareció contar ya con una mayoría: cuando se creyó que Carranza apoyaría a don Pablo se sumaron los pablistas, los civilistas y los carrancistas y dominaron por un momento a los obregonistas y obtuvieron la elección de la Comisión Permanente y de la Comisión Instaladora, pero tan pronto como se supo que Carranza no apoyaría al general González volvió a perder aquél la mayoría momentánea que había logrado. La razón era obvia: el Congreso no era civilista, y no lo era porque derivaba casi en su totalidad, de las mismas fuentes que el Ejército; había sido electo en cada lugar por el Ejército mismo: con su consentimiento.

Quedaba otra fuente de poder: los gobernadores de los estados. En la junta de gobernadores celebrada en febrero, en el edificio del Lago de Chapultepec, los que a ella concurrieron

acordaron prestar todo su apoyo al presidente, mientras éste lo fuera. El presidente, los gobernadores y muchos políticos se equivocaron sobre el verdadero alcance de esta resolución, pues no teniendo cada gobernador guardias regionales propias ni mucho menos en número suficiente para imponerse dentro de su entidad al Ejército, el apoyo de los gobernadores era tan teórico como el de los poderes Judicial y Legislativo.

Así pues, diremos en resumen, que una vez conocidas las tendencias civilistas del presidente Carranza, los jefes militares del Ejército no sólo no tenían interés político en sostenerlo, sino que por el contrario, estaban hondamente interesados en retirarle su apoyo y aun en usar de su fuerza para impedir que se llevara a cabo una “injusticia” tan grande como era la de establecer un sistema de gobierno civil en el cual se relegara al Ejército al mero papel de defensor de las instituciones y de la legalidad, privándolo de “su derecho” a regir los destinos de la nación.

Así se explican las frecuentes y ominosas declaraciones del P. L. C., que puede considerarse, desde su nacimiento como el Ejército mismo en funciones de partido político, cuando desde la tribuna parlamentaria, desde las columnas de la prensa y desde la plataforma del mitin político aseguraba que de ninguna manera podría tolerar la derrota, sino que llegaría —el Ejército— al gobierno por cualquiera de los medios que hallara a su disposición.

Hasta aquí creo que nadie me contradiría. El único punto en que discreparán de mi opinión los hombres de la situación actual es en las causas que ellos dieron para la insurrección, y que según se expresa en el Plan de Agua Prieta, era que Carranza pretendía imponer a Bonillas.

Carranza en su contestación al gobernador de Sonora dijo que mal podría imponerse un candidato en Sonora, donde todo el mundo, hasta las autoridades eran obregonistas. Y yo agrego: no sólo en Sonora, pero ni en ninguna otra parte, ni aun en el Distrito Federal habría podido imponerse un candidato civil,

pues para “imponer” en el sentido electoral de la palabra, habría necesitado disponer de la fuerza, y la fuerza, se vio después, estaba contra cualquier candidato que no fuera militar.

Si Carranza hubiera querido imponer a Obregón, no le habría costado ningún trabajo, las elecciones le habrían sido muy fáciles; si hubiera querido imponer a González habría podido hacerlo en algunos lugares, valiéndose de las fuerzas mismas de González. Si hubiera querido imponer a Murguía, a Aguilar o a Diéguez, habría tenido que usar de las fuerzas de Murguía, o de las de Aguilar o de las de Diéguez. ¡Pero imponer a un candidato civil! ¡Y contra la fuerza militar! Eso no es lógico.

Se diría que Bonillas pudo haber sido impuesto con los elementos civiles del gobierno federal y de los gobiernos de los estados. Si eso hubiera cabido en lo posible, es decir, que el elemento civil “del gobierno” triunfara en las elecciones contra el elemento militar “del gobierno”, entonces ya no era imposición, sino triunfo del civilismo contra el militarismo.

Pero esta discusión es ociosa: Carranza habría sufrido la misma suerte cualquiera que fuese el candidato civil y los hechos habrían sido también los mismos aun cuando se hubiera llegado hasta las elecciones, sólo que entonces el levantamiento habría sido contra el nuevo presidente civil.

Porque el error de Carranza y la causa de su caída estuvo lo repetiremos para cerrar este capítulo, en que *él creyó contar personalmente con una gran parte del Ejército para sostenerse cuando ya no le faltaban más que unos cuantos meses de gobierno y sobre todo en que no era posible que el Ejército renunciara a lo que durante cien años ha considerado como su derecho: “nombrar presidentes”, resignándose a ser meramente el defensor de las instituciones y sostén de la autoridad constituida.*

EL CUARTELAZO

Yo bien sé que el título que acabo de escribir hará estallar todas las indignaciones de los hombres que mandan hoy en México y

de los que esperan mandar mañana, más que la de los mismos que “lo hicieron”. Y, sin embargo, por más que busco otra palabra, no la encuentro... en este instante. Dejaré pues escrito este título por ahora a reserva de cambiarlo después y procederé a analizar el movimiento militar que ocasionó la caída de Carranza.

Para desagaviar a los caudillos triunfantes, anticiparé en cambio algo que les vuelva la tranquilidad: no uso el término cuartelazo porque piense yo discutirle hoy su legalidad al encargado del Poder Ejecutivo, ni mañana la legalidad del plebiscito militar que elija a Obregón. No, eso sería meterme en la política futura y yo me ocupo en este trabajo solamente de lo pasado. Pero hay que llamar a las cosas por sus nombres, y al pan, pan, y al vino, vino; y el hombre que ha dicho que “la Revolución es la Revolución”, no puede llamar revolución al movimiento que derrocó al señor Carranza, simplemente por condescendencia o por cobardía. Bien está que los autores de ese movimiento militar le llamen por pudor revolución y que sus consejeros políticos, temerosos de que más tarde se discuta si Obregón puede ser presidente habiendo tomado parte en un pronunciamiento, se empeñen en cambiarle de nombre y le llamen revolución. Por mí repito que no me ocuparé del punto, pero no puedo, sin que se rompa mi pluma, profanar la palabra Revolución aplicándola a un cuartelazo.

Porque, ¿qué es una revolución? ¿Qué fue por ejemplo la Revolución Francesa?

Una revolución es la rebelión de un pueblo contra la injusticia de un régimen social o económico. Las revoluciones las hacen los pueblos para salir de una condición de servidumbre o de inferioridad en que los tiene sumidos un régimen. Mas como todo régimen está representado y sostenido por un gobierno, las revoluciones aparentemente tratan de derrocar gobiernos, pero en el fondo su objeto esencial es cambiar las leyes y las costumbres para establecer otras más justas.

Una revolución podría teóricamente hacerse pacíficamente, sin derrocar a un gobierno. Las más de las veces las revolucio-

nes abarcan varios gobiernos y por su misma naturaleza no son instantáneas, sino que pasa tiempo, a veces muchos años para que se realicen y consoliden. Las revoluciones las hacen los pueblos contra el Ejército que apoya un régimen opresor. Los cuartelazos los da el Ejército casi siempre contra la voluntad del pueblo. Las revoluciones, en fin, son movimientos sociales profundos, más que políticos, y sus fines no son tan mezquinos que se conformen con un cambio de gobierno, sino que aspiran a la derogación de las grandes iniquidades sociales y económicas que son la causa de su servidumbre.

Tal fue la Revolución Francesa, tipo mundial e histórico de revoluciones. Tal fue la Revolución de Dolores, que comenzada en 1810, no terminó hasta 1821. Tal fue la Revolución de Ayutla, que comenzada en 1854 y no terminó realmente hasta 1867. Tal “es” la Revolución de 1910, que aún no puede terminar.

En algunos casos se ha profanado el nombre de Revolución. Durante treinta años, mientras gobernó el general Díaz, todos, al referirse a sus pronunciamientos les llamaban “la Revolución de la Noria”, “la Revolución de Tuxtepec”, pero la Historia, que no conoce de bajezas dice ahora: “el plan” de la Noria, el “plan” de Tuxtepec, reconociendo que aquellos no fueron más que “planes” para escalar el gobierno. Recién muerto Madero, los periódicos de la época siempre aludían a “aquello” diciendo: “la revolución de La Ciudadela”. Pero cuando Félix Díaz se distanció de Huerta pasó de moda el término y aun a pesar del miedo que inspiraba el tirano, nadie se atrevió a llamar revolución al golpe de Estado dado por Huerta y Blanquet en el Palacio Nacional.

Condenado pues el abuso de la palabra revolución, diremos que los cambios de gobierno hechos por la fuerza armada son de dos clases: insurrecciones y cuartelazos.

Insurrección es el levantamiento en armas de un hombre o de un grupo de hombres desconociendo a un gobierno y con propósitos de derrocarlo. Generalmente las insurrecciones se

hacen con fuerzas irregulares armadas para el caso. Cuando los levantados en armas son militares que se alzan con sus fuerzas, la insurrección se llama *pronunciamiento*. En la historia de México se cuentan más de mil pronunciamientos desde 1821 hasta 1921, mientras que apenas se cuentan *tres revoluciones*.

Cuando el derrocamiento de un gobierno se hace por medio de un golpe de mano dado por las fuerzas mismas encargadas de la defensa de ese gobierno, entonces se dice que éstas han dado *un cuartelazo*.

Hay por supuesto otros muchos matices que no hay para qué discutir aquí. Golpe de Estado se llama por ejemplo al desconocimiento de un poder por otro; casi siempre el Ejecutivo es el que desconoce al Legislativo y al Judicial, pero también se dan casos de que el Legislativo, apoyado por el Ejército, desconozca al Ejecutivo.

Una revolución no surge nunca de uno de los poderes, sino de elementos extraños al gobierno, y casi siempre desconoce a todos los poderes, como que desconoce al régimen mismo y aun las leyes vigentes.

Ahora bien. El movimiento militar que derrocó al señor Carranza fue de un doble carácter: Obregón se pronunció: González defecionó. ¿Qué fue lo más efectivo? ¿Cuál fue la verdadera causa de la caída de Carranza? Nadie podría decirlo y, por lo tanto, no podría decirse tampoco si debe prevalecer el nombre de pronunciamiento o el de cuartelazo. Pero como el movimiento fue mixto y como no quiero discutir el punto, cambiaremos el título de cuartelazo por cualquiera que más les cuadre a los autores de esos movimientos o, más bien dicho, a los que han recogido o esperan recoger el fruto de la caída de Carranza. Podríamos por ejemplo llamarle “protesta democrática militar” —he ahí un bello nombre—, y así todos quedaríamos contentos, puesto que así ya podrán decir los huertistas —delahuertistas—, y los obregonistas que, no siendo “cuartelazo” ni “asonada”, ni “motín”, sino una “protesta democrática militar”, no hay impedimento cons-

titucional conforme a la fracción VII del artículo 82 de la Ley Fundamental. Y todos tan contentos. ¡Oh Política, tienes nombre de mujer! ¡Y a qué tapujos y sutilezas nos obligas a tus vasallos!

Por lo demás esa cuestión constitucional es indiferente. Si los sucesores de Carranza logran encarrilar la situación y pacificar el país y consolidarse en su puesto, serán reconocidos dentro y fuera de la República, aunque tengan los papeles empapados. Pero si fracasan en sus esfuerzos y no llevan trazas de encarrilarse, así podrían escribir cien volúmenes sobre el límpido origen de sus derechos a la sucesión de Carranza, que no serían reconocidos por nadie.

Por mi parte no tengo interés en discutir la legitimidad de sus derechos, y si el título de cuartelazo les escuece, no tengo ningún inconveniente en cambiarlo por otro, ni en que bauticemos ese movimiento militar con el nombre de protesta democrática, ni aun en que sobre esa base se reanude el orden constitucional. Lo que no puedo consentir es que se profane el nombre de Revolución, porque como decía yo mismo: la Revolución es la Revolución... y los cuartelazos, son cuartelazos.

LA CAÍDA

Decíamos pues que el movimiento militar que produjo la caída de Carranza tuvo dos fases: el pronunciamiento de Obregón y los obregonistas, y el cuartelazo de don Pablo y los pablistas. No es necesario hacer una minuciosa historia de los hechos. El mismo presidente, antes de salir de la ciudad de México, en un manifiesto describió la situación hasta ese momento, la cual puede resumirse así:

Obregón, que no estaba al servicio del gobierno, aprovechando su gira política, había preparado un movimiento militar. Sorprendido en esa labor y llamado a responder de sus actos, huyó de la ciudad de México hacia el sur, levantándose en armas con el gobernador de Guerrero y las fuerzas federales

que había en aquel estado y que defecionaron pasándose a su lado. Al mismo tiempo, las autoridades de Sonora, las de Zacatecas y las de Michoacán se levantaron en armas también aprovechando los elementos de las fuerzas federales. Siguieron otros levantamientos obregonistas en diversas partes, siempre con fuerzas federales que defecionaban, pues aunque en Michoacán y en Chihuahua se levantaron también las defensas sociales, para el efecto histórico es lo mismo, pues se trataba de fuerzas organizadas y armadas a costa del gobierno federal y para defensa de los gobiernos locales.

Carranza pretendió enviar fuerzas a batir a los rebeldes, echando mano, naturalmente, de las fuerzas pablistas. Pero cada fuerza enviada, comenzó a defecionar: primero Cosío Robelo en Cuernavaca, luego Elizondo, enviado a batir a Obregón y a Cosío Robelo, defecionó también. Y así sucesivamente. Las fuerzas pablistas no se levantaban en armas de su propia iniciativa, sino que, cuando el presidente las pretendía utilizar para sofocar el movimiento obregonista, recibían sus órdenes, escogían y embarcaban su parque, pedían y recibían dinero para haberes, se despedían del presidente abrazándolo, llorando sobre su hombro, protestándole su lealtad, y luego... se volteaban.

El mismo general González vio al presidente para pedirle que le devolviera el mando de sus fuerzas para que, puesto ya al frente de ellas, pudiera hacerse obedecer y “salvarlo” así del desastre. Carranza no accedió, estaba ya demasiado escamado de la conducta de los pablistas, pero para el caso era indiferente que hubiera accedido o no, pues lo mismo exactamente habría sido que González se levantara en armas porque Carranza no le quería entregar sus fuerzas para “salvarlo”, que si habiéndoselas dado, se hubiera levantado para “salvarlo”.

Cuando Carranza vio que González y los suyos habían defecionado resolvió abandonar la capital y, al efecto, para que no se interpretara su salida como una confesión de derrota y como un abandono de su puesto, publicó un manifiesto el día

seis de mayo en el que anunciaba a la nación que continuaría la lucha como pudiera, pero que no desertaría del puesto que el pueblo mexicano le había confiado.

¿Cuál fue el propósito, cuáles las esperanzas de Carranza al abandonar México? Su propósito fue escapar de ser cogido en la ciudad de un momento a otro, pues defecionando cada día nuevas tropas, y estando el Valle de México bajo el dominio de los pablistas, no era difícil una sorpresa.

Por otra parte, sin oportunidad de combatir a la vista del gobierno no era posible saber quiénes permanecerían fieles. Lo que Carranza deseaba sobre todas las cosas era que se definieran claramente los campos, cosa que sólo podría lograrse saliendo de la ciudad de México el gobierno.

Su intento de trasladar el gobierno a Veracruz, tenía además otro fin ulterior: Carranza suponía que la ocupación de la capital sería motivo de probables dificultades entre Obregón y González por el dominio de la situación. Creyó, y humanamente era lógico su pensamiento, que ninguno de los dos cedería la primacía, y que a raíz de su salida sobrevendría el conflicto entre Obregón y González, o más bien entre obregonistas y gonzalistas. Pero se equivocó, y con él se equivocaron muchos. Carranza suponía que en González habría siquiera un ademán de virilidad para defender el botín de su traición. Cómo iba a suponer que un hombre, con elementos militares que tenía, y que por apego a su candidatura había llegado hasta la defeción, habría de dar “tan dado”, renunciando a todo, abandonando a sus partidarios y retirándose a la vida privada “por puro patriotismo”. Carranza se equivocó, no creyó a González “tan patriota”.

EL ÉXODO

Carranza recogió todo lo que pudo recoger del gobierno. Invitó y llevó consigo a la Comisión Permanente del Congreso y a lo que quiso seguirlo de la Suprema Corte de Justicia. Empacó

todo lo que podría serle necesario para el trabajo de oficinas y los caudales públicos con que contaba, y se embarcó a bordo del convoy preparado al efecto con una premura de que sólo puede tenerse idea sabiendo que todo se preparó con aviso de doce horas de anticipación. Las fuerzas militares de que pudo disponer para salir no podían llamarse ni brigada, ni división; llevó las que le quedaban leales o, más bien dicho, las que no habían defecionado hasta ese momento.

Los que inculpan a Carranza todavía después de su muerte echándole en cara la desorganización de su salida, no hacen más que insultar su memoria sin objeto, pues la salida de México con lo que podía llevar de gobierno, en nada podía parecerse al avance de una columna militar que pretende abrirse paso.

Había desorganización y era natural que la hubiera, pues se trataba de una retirada para no ser cogido en la capital; y si toda retirada aun de ejércitos disciplinados trae consigo algo de desorganización, ¿qué puede decirse de la retirada de un gobierno compuesto en su mayoría de elementos civiles? A ese larguísimo convoy compuesto de 27 o 30 trenes excesivamente sobrecargados, apenas escoltados, con el personal ferrocarrilero que lo conducía ya bastante minado por la defección, no podía pedírsele organización militar eficiente.

Desde su salida de México, Carranza estaba derrotado. La artillería, el material de la fábrica de armas, el parque sanitario, sus caballos mismos habían sido cortados. No le quedaba como defensa más que una pequeña escolta, que así debe llamarse a la exigua fuerza que lo resguardaba, compuesta apenas de las caballerías de Heliodoro Pérez, la infantería de De la Torre, el Colegio Militar, puros oficiales y restos de supremos poderes, y lo demás una miscelánea de jefes y oficiales sueltos. En los carros ocupados por el elemento civil un hacinamiento humano que sólo tenía por límites la capacidad de los vagones. El tren llamado de Hacienda, que conducía los fondos de la Tesorería y de la Comisión Monetaria y los timbres de documentos y de correo, se suponía ser el mejor organizado y, sin embargo, distaba mu-

cho de llamarse un tren militar, no obstante ir bajo la protección especial de la infantería de De la Torre.

No relataré el éxodo en todos sus detalles, porque no tengo criterio militar para hacerlo. Diré solamente que si se juzga el convoy del presidente como columna militar, la conducta de los encargados de batirlo es muy censurable, porque pudieron impedir su salida misma o detenerlo en cualquier parte: en Otumba o en Ometusco, o en Apizaco, o en San Marcos, y si no lo hicieron fue por ineptitud o porque los pocos hombres encargados de protegerlo fueron unos héroes. Si se juzga el convoy como lo que era: una caravana de civiles sin armas, de mujeres, de niños, de bagaje, de impedimenta, entonces la conducta de los que atacaban ese convoy sabiendo que no llevaba ni medicinas para atender a los heridos, es incalificable por lo bárbara.

Pero entonces, ¿en qué fundaba el presidente sus esperanzas de llegar a Veracruz? En el conocimiento que tenía de González, en la probabilidad de que éste no querría alejarse mucho de la capital para no dejársela enteramente a Obregón, y en la esperanza de encontrar pronto fuerzas del general Aguilar.

Aunque González dominaba el flanco derecho del convoy, pues estaba adueñado de Texcoco, Texmelucan y Puebla, Carranza sabía que no se atrevería a atacarlo a su paso.

Por otra parte, sólo fuerzas de González lo separaban de Aguilar o así lo suponía a lo menos, de modo que en llegando a Esperanza, aun con peligros, las fuerzas de Aguilar lo protegerían en el resto del camino.

Y en efecto, pasó por Otumba, por Ometusco, por Apizaco, sin que las fuerzas de González se atrevieran a atacarlo. Apenas si hicieron tímidos reconocimientos. En San Marcos fue la escolta del convoy la que atacó no se sabe a quién, pero tampoco aquí fue atacado formalmente por fuerzas de González.

En Rinconada, el día once de mayo, fue atacado el convoy por un jefe obregonista, el cual fue derrotado y contraatacado. No fue sino después del combate de Rinconada cuando se

supo que el general Guadalupe Sánchez, de las fuerzas del general Aguilar, en vez de venir a protegerlo, se había pronunciado por Obregón y venía sobre el convoy. El desastre era inevitable. Ocurrió en Aljibes el día 14, pero lo mismo pudo haber ocurrido antes, que necesariamente habría tenido que ocurrir kilómetro más o menos adelante. ¡Un gobierno entero a costas es una cosa que pesa mucho!

No quiero concluir esta parte sin hacer honor al valor y a la abnegación de los que estuvieron encargados de la defensa del convoy. No quiero mencionar nombres porque no deseo omitir alguno. Todos trabajaron. Sólo mencionaré entre los muertos a Millán.

Deseo relatar dos incidentes que servirán más tarde para juzgar de los propósitos que abrigaban los enemigos de Carranza con respecto a su persona.

El general González envió al presidente algo así como un oficio escrito a máquina y firmado con una firma indescifrable, en que se ordenaba “a quien correspondiera” que permitiera el paso al ciudadano Venustiano Carranza *para que pudiera embarcarse en Veracruz, pero a él solo*.

Carranza lo leyó y dijo al portador que ya contestaría en alguna ocasión al general González personalmente.

El hombre ha muerto y no pudo contestar. Seáme permitido hablar por él.

El presidente jamás pensó en hacer uso de ese pasaporte, ni siquiera como estrategia, lo guardó como un documento curioso y como testimonio de la ingratitud y de la perversidad o de la estulticia de los hombres.

¿Cuántos años llevaba el general González de conocer a Carranza? ¿De qué talla moral lo había visto siempre o de qué talla moral se había figurado que era el hombre? O qué, ¿pensó González en serio que Venustiano Carranza, el presidente de la República, pudiera tomar aquel pliego y huyendo del tren presidencial iría a presentarse a las avanzadas enemigas a rendirse y pedirles libre paso?

No. O el general González nunca había conocido a don Venustiano Carranza, en tantos años de tratarlo, o conociéndole, el envío de ese salvoconducto implicaba un insulto que el presidente no merecía.

Por lo demás sepa el general González que después de que Carranza recibió su salvoconducto, nunca llegó a verle la cara a un soldado gonzalista, de modo que no podía haber tenido ocasión de usar de ese papel.

Otro salvoconducto: entre los papeles recogidos a uno de los prisioneros o de los muertos en Rinconada, se encontró la transcripción de un mensaje que aparecía dirigido por el general Obregón a un brigadier cuyo nombre no recuerdo, en el que recomendaba que si Carranza quería seguir hasta Veracruz, *él solo, para embarcarse hacia el extranjero*, podía dejarlo pasar. No sé si llegó Carranza a cerciorarse de si el mensaje sería auténtico, pero sí lo era, el hecho de haberse recogido la copia en poder de uno de los muertos después del combate de Santa Margarita, está indicando que las fuerzas obregonistas no lo tomaron en serio, supuesto que ese mismo día atacaban el convoy, lo cual sería un modo muy especial de cumplir con una orden de dejar pasar a Carranza.

Me inclino todavía más a creer que el mensaje no fuese auténtico, supuesto que todos los días siguientes estuvo el convoy en contacto con fuerzas obregonistas y no sé que el presidente haya tenido conocimiento oficial de él, y en cambio las fuerzas enemigas destruían la vía delante del convoy y atacaban éste.

Pero suponiéndolo auténtico, yo preguntaría al general Obregón: ¿era en serio? ¿Qué habría hecho él en lugar de Carranza? ¿Habría usado de un salvoconducto semejante, él solo, desertando del resto del gobierno y abandonando a todos para salvarse? ¿Creyó realmente a Carranza capaz de hacer tal cosa?

He mencionado estos dos casos para que se vea que nadie pensó seriamente en ofrecer una transacción o una salida decorosa y digna al presidente de la República, sino que tan sólo

le tiraron la limosna humillante de un salvoconducto a Venustiano Carranza, como prófugo.³

LA FUGA

No me propongo escribir la fuga de Carranza, pues en verdad no tendría interés relatarla, y habría sido indiferente cualquier camino que hubiera seguido. Todos habrían conducido al mismo Gólgota.

Al abandonar los trenes del convoy presidencial, y reconcentrarse en el pueblecito de Santa María de Coatepec, se dispuso de algunos minutos para resolver la dirección que debería tomarse.

Tomar rumbo al volcán o rumbo a Perote, para internarse en la sierra de Veracruz, habría sido ir a entregarse en las manos de Higinio Aguilar.

Ocurrió entonces que entre los escapados de los trenes estaba Cabrera, el cual nunca ha sido militar, ni cree tener disposiciones para serlo, ni nunca había oído antes silbar las balas, pero conocía la Sierra de Puebla, y era natural que le ocurriera tirar hacia allá. Y así fue como sin más dotes que su conocimiento del terreno y su gran resistencia física, y un poco de presencia de ánimo en aquellos momentos, se constituyó en guía y encaminó a los restos de aquel naufragio, y los dirigió apoyado y ayudado por Mariel que también conocía la región.

El día 14 de mayo pernoctó la comitiva en la Hacienda de Zacatepec. Allí, por indicación del mismo presidente, se quedaron muchos civiles y algunas personas que carecían de caballos.

El día 15, después de atravesar las llanuras de San Juan de los Llanos y de cruzar las vías del Ferrocarril Interoceánico, comieron en una finca llamada Santa Lugarda, de donde

³ Hasta aquí llegó la publicación hecha en *Excélsior*. La parte siguiente y el artículo final “El acervo de la herencia”, permanecieron inéditos.

siguieron por la tarde hasta la Hacienda de Temextla, ya a la entrada de la Sierra de Alatríste, donde pernoctaron.

El día 16, al salir de Temextla, se les unió el general Heliodoro Pérez, y en vista del peligro de encontrar enemigo por Zautla, se dirigieron rumbo a Tetela, por el camino de San Francisco Ixtacamaxtitlán, lugar donde Cabrera y Ugarte tenían parientes y a donde llegaron al mediodía. Después de comer continuaron rumbo a Tetela, pernoctando, antes de llegar, en Zitlalcuautla. Cabrera sabía que sus hermanos, el doctor don Alfonso, gobernador de Puebla y el diputado don Federico andaban por aquellos rumbos, y tenía la esperanza de que la caravana podría descansar unos días y rehacerse al abrigo de la sierra y bajo la protección de las fuerzas del coronel Gabriel Barrios.

El día 17 llegó la comitiva a Tetela, pero Barrios no estaba allí ni se presentó. Más tarde se vino a saber que en esos días precisamente acababa de reconocer a Obregón. Entonces la comitiva se retiró, sin ser molestada, a Cuautempan, donde pernoctó.

El día 18, después de mediodía, y después de que por indicación del presidente se separaron algunas personas, entre ellas los alumnos de caballería del Colegio Militar, salió la comitiva de Cuautempan, y por terrenos controlados por Barrios, pero sin ser molestada tampoco, siguió hasta Tepango, en la sierra del distrito de Zacatlán, de donde son los Cabrerás.

El día 19 salió de Tepango hacia Amixtlán y Tlapacoya, donde después de herrar bestias y comer, siguieron hasta un poblado de nombre Tlaltepango, ya en terrenos del distrito de Huauchinango.

Hasta ahí el guía había sido Cabrera.

Al día siguiente, 20 de mayo, Mariel, más conocedor del terreno en el distrito de Huauchinango, tomó la dirección de las jornadas.

El propósito del presidente Carranza fue siempre evitar la proximidad de las líneas de ferrocarril para eludir encuentros

que, en las condiciones de moral en que iba la gente no podían constituir más que reveses, pues la caravana casi no consistía más que en los jefes y sus asistentes. Heliodoro Pérez era el único que llevaba unos cuantos hombres, con los cuales tenía que hacer de avanzada y de retaguardia, ayudado por lo que de la escolta personal del general Murguía aún quedaba. El rumbo, vagamente bosquejado, era hacia el sur de San Luis Potosí, entrando por Jalpan, Querétaro, pasando por Xico, Tenango de Doria, Zimapán, etcétera.

LA MUERTE DE CARRANZA

El día 20 de mayo llegaron los viajeros a Patla, lugar situado en el fondo de una profunda cañada, donde comieron. Aquella era ya la región dominada por Rodolfo Herrero. Como a la una de la tarde, salió de allí la comitiva rumbo a la Unión, todavía sin resolver si seguirían hasta Xico (Villa Juárez), o se quedarían en La Unión, lo cual se vería más tarde según los informes que pudiera obtener Mariel.

Al ir subiendo la cuesta de Patla, alcanzó a la comitiva un jinete que trataba de llegar hasta el presidente, quien iba con Mariel y Murguía a la cabeza de ella. Era Rodolfo Herrero que se hacía presente para “proteger el paso del señor presidente”. Llegó, abrazó a Mariel, lloró y se puso a las órdenes del presidente, protestándole su lealtad y adhesión, y ofreciéndole seguridades a su paso por sus rumbos.

Antecedentes. Herrero era un individuo de Zacatlán, estado de Puebla, y radicaba en el Plan del Progreso, en los límites entre la Sierra de Puebla y Papantla, Veracruz. Ya una vez se había rendido al gobierno de Carranza y se había vuelto a levantar en armas, operando por su cuenta, pero nominalmente a las órdenes de Peláez. En principios de 1920 se había vuelto a rendir aprovechando la amistad que Mariel llevaba con algunos vecinos prominentes de Xico, amigos también de Herrero. Mariel tenía en él gran confianza y lo estimaba en lo personal.

Puede decirse que desde el momento de la incorporación de Herrero a la caravana, Mariel se sintió tranquilo y seguro. Nada raro fue, pues, que sin la menor discusión ni sospecha se siguieran todas las indicaciones de Herrero durante aquella tarde.

Al llegar a la Unión, Mariel tuvo que separarse, según plan de Herrero para ir rumbo a Xico a recoger algunos informes, debiendo reincorporarse a la comitiva esa misma noche.

Herrero continuó acompañando al presidente y sugirió que la caravana no se quedara en La Unión, que es un poblado con bastantes elementos, sino continuara rumbo a Tlaxcalantongo, “lugar muy seguro, estratégico, y donde hallarían bastante que comer y pastura para los caballos”.

Herrero mismo acompañó al presidente cabalgando a su lado hasta llegar a Tlaxcalantongo donde él en persona designó el jacal en que había de quedarse el señor Carranza. Los demás de la comitiva buscaron cada quien su acomodo en diversos jacales, donde se pudo. Murguía se quedó con sus oficiales en una casita a la entrada del pueblo, junto a una iglesia derruida, como a unas dos o tres calles de distancia del jacal que ocupaba el presidente.

Casi acabando de instalar al presidente, dijo Herrero que acababa de recibir un propio anunciándole que un hermano suyo se había herido accidentalmente, y que tenía que ir a verlo. Y con este pretexto se retiró.

No es necesario decir más. *La caravana fue atacada en Tlaxcalantongo, a la madrugada, a las tres y media de la mañana, por fuerzas del mismo Herrero. Durante el ataque murió el presidente.*

Hace tres semanas que Carranza murió, y todavía están discutiendo si murió asesinado por los soldados de Herrero como afirman todos, o si se suicidó al verse perdido, como afirma Herrero. Y los encargados “de hacer justicia” encuentran el caso muy opinable: dudan entre si creer culpable a Herrero de felonía, o mejor considerar responsables de la muerte de Carranza a sus acompañantes, por no haber muerto con él.

¡Y qué mucho que haya quienes crean a Carranza capaz de haberse suicidado, si los generales Álvaro Obregón y Pablo González lo habían creído capaz de abandonar a sus compañeros en Aljibes y escaparse con su salvoconducto!

Pero en sustancia, ¿qué es lo que se averigua? ¿Qué es lo que no está claro a los ojos de los que tienen presos a Murguía, y a Urquizo y a Mariel y a los demás acompañantes de Carranza, mientras estrechan efusivamente la mano de Herrero? ¿Qué falta para probar la felonía? ¿No basta con los antecedentes de la tarde anterior al asesinato?

Si Herrero se presentó al presidente ofreciéndole sus servicios para protegerlo durante su paso por la sierra de Huauchinango; si él mismo lo condujo hasta Tlaxcalantongo; si él mismo lo colocó en el lugar donde pensaba atacarlo; si después se retiró con un pretexto falso, y si a la madrugada siguiente vino él mismo con sus hombres a atacarlo ¿qué otra cosa falta por averiguar?

¿Qué más da la manera como el presidente haya muerto durante el asalto? ¿Qué más da que su muerte la haya causado el primer tiro o el segundo; un tiro de rifle o un tiro de pistola?

¿O se cree que los detalles de la manera como el presidente haya caído en el último instante absuelven al asesino de la premeditación revelada por los preparativos de la tarde anterior y de la alevosía mostrada en el ataque?

Y aun suponiendo que Carranza se hubiera suicidado cuando se vio cogido, ¿deja por eso de ser un asesinato la manera como fue encerrado y luego atacado?

Pero no. Carranza no se suicidó. Todas las presunciones de suicidio son absurdas, y no hay una prueba de esa versión. El asalto tuvo lugar a las tres y media de la mañana, hora en que si no podía verse en el campo, menos habría podido ver nadie, en el interior de un jacal, si Carranza se mataba. ¿Y quién que haya disparado en su vida una pistola puede creer que en momento de gran excitación y desconcierto un hombre que quie-

ra suicidarse se dispararía con su propia pistola en el corazón en posición forzadísima, en vez de en la sien?

Porque si hay multitud de preparativos para el asesinato y no hay una prueba del suicidio, en la duda, el primero es más probable que el segundo. Y toca a Herrero explicar el objeto de sus maniobras de la víspera y la forma en que se efectuó el ataque; y es a él a quien toca probar el suicidio. Entretanto, tiene que predominar la tesis del asesinato.

Pero hay una presunción más fuerte, y más alta y más humana, y más incontestable que el dicho del asesino: la vida entera de Carranza, toda fortaleza, toda virilidad y toda fe. Y apelo a los que lo conocieron y trataron en los momentos más solemnes y más graves de su vida, para que digan si un hombre de tan grande entereza y de tan profunda serenidad, y de tan gran confianza en el futuro, podía haberse suicidado.

Y si se suicidó realmente, entonces cabe preguntar: ¿qué tan mortales deben haber sido las heridas que la ingratitud había dejado en su alma para que se suicidara un varón tan esforzado y tan inmovible y tan sereno? Porque si Herrero no fue el asesino, entonces, *¿quiénes son los asesinos de Carranza?*

Tal fue el lamentable fin de un hombre que habiendo consagrado su existencia al servicio de su patria, murió escarnecido por la ingratitud de sus conciudadanos, quienes se volvieron contra él desconociéndolo como jefe, maldiciéndole como traidor a sus ideales, negándole su obra, discutiéndole sus virtudes, y a quien en la muerte misma quisieran hacer aparecer como un cobarde que no tuvo el valor ni la resignación suficientes para resistir los embates del infortunio: él, que había sido maestro de serenidad y de entereza.

